

un excesivo patetismo, sin dejar de admitir que era ese patetismo el que daba fuerza al personaje, el de la mujer-heroína, un personaje que muchas mujeres hubiesen querido ser y no eran, según le confesaban en sus cartas emocionadas las madres que se sentían culpables por no haber sufrido tanto como María. El desahogo personal del enfermo encontró salida en los protagonistas de sus libros. La crítica detectó en el escritor una sensibilidad que le distinguía, nacida en su aislamiento, al presentir la proximidad de una muerte posible que durante años le ató al lecho. Como lector, hay en Rodrigo cierto misticismo al acercarse a los autores clásicos, a los que se siente hermanado. Son una especie de salvadores, porque leerlos le ha ayudado a buscar refugio en la literatura y más tarde a recorrer ese camino, hacia una meta todavía incierta, pues al principio se trata solamente de subsistir. El éxito y la gloria están lejos del solitario, aunque no puede concebirse esta profesión sin apetecerlas.

Pero, alejándonos de la enfermedad, nada es trágico ni penoso en la batalla diaria que también proporciona satisfacciones. En lo personal, cabe destacar entre tantos amigos su buena acogida por las mujeres que le concedieron una larga y duradera amistad, no sólo en su entorno familiar y en la Fráter. La historiadora Antonina Rodrigo, cuya relación de juventud les unió también en la escritura, fue algo más que una conocida, así como la escritora Marta Portal, que ganó el Premio Planeta en 1966<sup>5</sup>. Buenas amigas fueron Carmen Kurtz y Concha Alós, aunque se vieran con menos frecuencia. Con Francisco Candel mantuvo estrecha relación, y en Madrid fue bien recibido por quienes gozaban ya de prestigio, como Alfonso Sastre y Buero Vallejo. En las tertulias del Café Gijón compartió muchas tardes con Dolores Medio, Luis de Castresana, García Pavón, Manuel Vicent y tantos otros. Y grandes amigos fueron Alfonso Martínez Mena, Meliano Peraile y Jorge Ferrer Vidal. La lista es larga. No es posible citarlos a todos, pero sí es obligado recordar que fue la literatura la que le proporcionó buenos amigos, pese a ser esta una profesión en la que es difícil mantener lazos sinceros. En Moratalaz vivían los más jóvenes: Jesús Torbado, Juan Plá, Raúl Torres, Carlos Puerto. Con ellos acudíamos a la librería de Luis Garrido y su mujer, Araceli, a última hora de la tarde del sábado. De manera que apenas salíamos del ambiente literario, apenas se hablaba de otra cosa que no fueran los concursos, las publicaciones y los chismes que nunca faltaron.

La visita diaria al quiosco de periódicos y al bar traían los ecos actuales sobre los que cimentar los artículos. Y si bien no estuvo exenta

---

<sup>5</sup> “A tientas, a ciegas”, fue la novela premiada.